

DON MANUEL Y DOÑA ROSA



CUENTOS FANTÁSTICOS Y OTROS NO TANTO

Esta pequeña historia tuvo su comienzo hace muchos, muchos años, tantos que mi memoria no puede alcanzar su principio. Pero tampoco importa demasiado porque es bien sabido que todas las memorias son muy caprichosas y la mía no podía ser una excepción. Así que he decidido empezar a escribir desde el momento en el que Don Manuel todavía se llamaba Manolo.

De aquel muchacho ni siquiera tengo la sombra de un recuerdo, por lo que conocí de él muchos años después, solo se me ocurre pensar que seguramente sería un joven demasiado alocado y algo inseguro, probablemente debido a la presencia en su vida de un padre excesivamente autoritario y de una madre sumisa, como correspondía a la época. Quizás me equivoco en mis apreciaciones al calificar, tan a la ligera, a los progenitores de Manolo, pero he elegido esos

dos adjetivos, tan poco recomendables, porque ‘Don Manuel’ y su esposa ‘Doña Rosa’, a mis ojos, se comportaron de ese modo con sus propios hijos.—

Pero no adelantemos acontecimientos...

Don Manuel y doña Rosa, porque ya los llamaban así cuando los conocí, fueron mis abuelos maternos. Así es cómo se quedaron grabados en la frágil memoria de una niña de unos cuatro años — edad que yo tenía cuando desaparecieron de mi vida física — hasta que regresaron en forma de imágenes fantasmagóricas a través de antiguas fotografías color sepia. También es posible que los recuerde debido a las esporádicas narraciones que mi madre me contó de su propia infancia.

Del abuelo Manuel en vida, sólo guardo una imagen que todavía me produce un ligero estremecimiento. Recuerdo una habitación oscura y triste, tan solo iluminada por la nortecina luz de una pequeña lamparita cubierta con

un pañuelo violeta que todavía sofocaba más los escasos rayos de luz que la bombilla emitía. El anciano, grandote y arrogante, se hallaba con frecuencia recostado en un viejo sillón, y una gran barba blanca ocultaba prácticamente su borroso rostro. Lo único que relucía en medio de aquella penumbra eran las dos pupilas negras y profundas de los ojos del anciano. Dos enormes pozos como la noche y brillantes como el azabache que estaban justo a la altura de mis ojos de niña. Entre mi mirada y la suya se habría podido trazar una línea perfectamente horizontal. Aquellos ojos protegidos por el cristal redondeado de sus gafas metálicas, me producían terror. Era como si él, al clavarlos en mí, pudiera leer mi mente y conocer hasta el más oculto de mis pensamientos. ¿Sabía el abuelo que le tenía miedo? Probablemente, y quizá por eso siempre me comportaba de manera indisciplinada ante su presencia imponente. Me negaba a darle un beso y a bajar el tono de mi voz hasta que alguien me sacaba de su habitación con la excusa de que el pobre viejecito estaba enfermo y no debía molestarlo. Por eso prefiero

obviar mis recuerdos personales, y contar retazos de su vida a través de las anécdotas que me narró mi madre.

La esposa de don Manuel, mi abuela Rosa, murió en México algunos años después que su marido. Estaba obsesionada con despedirse de su hijo pequeño — cuyo nombre también era Manolo — que había emigrado a aquel país al finalizar la Guerra Civil. Mi abuela, a pesar de su frágil salud y su complexión menuda, poseía una extraordinaria voluntad y logró convencer a su hija mayor, mi tía Maya, para realizar el heroico salto y atravesar el Atlántico por última vez.

En aquel tiempo, para mí, la abuela Rosa también era “doña Rosa”. Ninguno de mis abuelos me quiso. Quizás no estuvimos juntos el tiempo suficiente para llegar a conocernos. Nuestras vidas han transcurrido en mundos y espacios diferentes y ahora, mientras escribo algunos momentos de su vida, lo hago como si lo hiciera de unos personajes nacidos de mi

imaginación. No sé hasta qué punto las historias que nuestros padres nos narran cuando somos niños se pueden considerar como verdaderas, pero como digo al principio de este breve relato, todo lo que plasmo en estas hojas de papel son recuerdos que han vivido conmigo casi desde que tengo uso de razón. Pasajes de algunos momentos de la vida de unos seres que, de una forma u otra, son el origen de mi existencia, y aunque me parezca extraño, una parte de aquella sangre todavía corre por mis venas. Me gustaría pensar que quizás he heredado algunas de sus mejores virtudes, como por ejemplo su sed de aventuras y su audacia aunque, en ocasiones, también heredé su pueril inconsciencia.

Pero tengo que regresar de nuevo a “Manolo”, al muchacho que fue el viejecito que conocí de niña y cuya historia comencé a escribir unas líneas más arriba. Me desvíó, soy muy indisciplinada, como me dijo él quizá la última vez que lo vi en su tenebrosa habitación. Es

preciso que aquel personaje llame mi atención porque si cuando lo conocí ya era tan interesante y atractivo ¿cómo debió ser cuando poseía la belleza y la arrolladora fuerza de la juventud? Según las narraciones de mi madre, las viejas fotografías no reflejaban en absoluto su verdadera imagen. En ellas, no se podía apreciar la personalidad que irradiaba de toda su persona. Era un hombre cuya estatura estaba ligeramente por encima de la media y de complexión fuerte. De frente alta y despejada, coronada por una mata de pelo negro y crespo. Su mirada era negra, penetrante y misteriosa y su nariz ancha y fuerte. Es curioso que mi madre no hiciera ninguna referencia respecto a su barbilla; según me dijo ella, jamás lo vio sin barba, probablemente debido a los múltiples viajes de mi abuelo no pudo guardar ninguna de las fotografías de su infancia y de su juventud. Sin embargo, sí que habló miles de veces de su carácter rebelde e inconformista que hacía honor a su físico y a su espíritu que tenía toda la fuerza de lo desconocido en su interior. Según ella, el padre de mi abuelo no pudo conseguir que el

muchacho cursara estudios superiores, pero no le importó, porque prefería que el muchacho adquiriera sus conocimientos a ras de tierra, hombro con hombro enfrentándose a la cruda realidad de la vida cotidiana.

El joven Manolo, pasó su adolescencia alternando el trabajo como mozo en algún almacén, y entrando y saliendo de colegios e institutos, hasta que por fin encontró su lugar en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos en Valencia. Allí cursó los estudios que él mismo tuvo que financiarse con su propio trabajo, ya que su padre se había negado a consentir su falta de disciplina y obediencia.

Quizás estudiando Bellas Artes se encontró a sí mismo. ¡Artista! ¿Sería ese todo el fuego que ardía en sus entrañas? Pintor, escultor, decorador y restaurador de obras de arte. Devolverle su esplendor a las deterioradas pinturas que languidecían en las iglesias de Valencia, y en los viejos palacetes de finales del siglo XIX. Una tierra y una España sumidas en la miseria y en la ignorancia. ¿Quién tenía dinero suficiente pa-

ra pagar la restauración de miles de obras de arte? Era obvio que los que lo poseían no tenían la menor intención de gastar su capital en esos menesteres tan poco lucrativos. Así pues, si Manolo quería comer y vivir, y seguir empapándose de ‘Arte’ que era su pasión no tuvo más remedio que seguir trabajando en cualquier cosa. Lo que fuese. No se le caían los anillos por ensuciar sus manos de artista, y era demasiado orgulloso para buscar un mecenas que le financiase sus caprichos creadores. Y así fue como el joven muchacho trabajó de limpiabotas, de repartidor de periódicos o de mozo para fregar los platos en cualquier tasca de su barrio, hasta que se le presentó la ocasión de aprender a conducir un “moderno tranvía”.

Como era de esperar, en cuanto nuestro personaje obtuvo el puesto de ‘conductor de tranvía’, se independizó de su familia y alquiló un pequeño bajo en la calle de Quart entonces el centro de Valencia muy cerca de las Torres del mismo nombre. El tranvía pasaba por su puerta y le era muy cómodo tomar el vehículo que iba

en sentido contrario para llegar al punto en el que tenía que comenzar su ruta.

Unos portales más abajo o arriba, según se mire, vivía una tal Rosa, una guapa moza castiza y valenciana que, según creo, compartía su vida con otras tres hermanas en ese punto la memoria me falla o mi madre no me dijo nada al respecto. Pero lo más probable es que yo no le prestase la suficiente atención y ahora, por desgracia, ya es demasiado tarde para buscar información. Pero lo que sí recuerdo como si lo hubiera vivido y visto con mis propios ojos, por las fotografías que me mostró mi madre y por sus largas explicaciones, es cómo era Rosa, mi abuela materna.

Rosa era una joven llena de vitalidad y muy atractiva. Su cabello era castaño con destellos rojizos, y tenía una carita de rasgos modernos y dulces pero con cierta picardía en la mirada y un desparpajo en el habla que la hacían extremadamente atractiva. De altura mediana pero de bonita figura y cuya forma de andar, tan graciosa y ligera, llamaba la atención

de los viandantes, y muy especialmente de los obreros que eternamente levantaban y volvían a colocar los gastados adoquines de la calle. Era alegre y buena conversadora, y aunque, en general, delicada y respetuosa, sin embargo ante cualquier injuria o falta de respeto siempre respondía con una locuacidad incisiva. “De barrio pero con clase”, solía decirle su madre, mi bisabuela.

Como era de esperar, estos dos seres tan especiales y tan diferentes de todos los vecinos que vivían en las calles del barrio, terminaron casándose contra viento y marea. Por supuesto no hubo nada de sensatez en aquella decisión que ambos tomaron. Ni la falta de una posición lo suficientemente segura, ni el dinero, ni el futuro los preocupó, simplemente se enamoraron y se casaron.

No quisiera que se mal interpretasen mis palabras, Manolo no era un holgazán, ni muchísimo menos, ni un hombre sin posibilidades ni recursos, jamás estuvo sin trabajo pero, y siempre hay un “pero”, ese fuego interior que lo devo-

raba no le permitía mantener el tiempo suficiente un trabajo fijo que pudiera asegurarle un futuro más estable para poder mantener una familia. Los tiempos eran difíciles y la vida bohemia no era aconsejable para afianzar los cimientos que una familia necesitaba.

Es preciso que dé un salto en el tiempo, prefiero hacerlo así a tener que inventar todo lo que le sucedió a la joven pareja durante los primeros años de su vida en común. Seguramente ya no existe en el mundo nadie que pudiera corregir mis errores; pero he decidido que mantendré en blanco las lagunas que existen en mi memoria, bien, porque no las recuerdo o porque de nuevo mi madre jamás las ilustró con sus narraciones. Sólo hay pequeños fogonazos de luz en aquella nebulosa historia que todavía vive entre la maraña de mis recuerdos infantiles.

En realidad no sé muy bien si lo que voy a narrar a continuación sucedió antes o después de que Manolo y Rosa contrajeran matrimonio, pero el hecho es tan original y gracioso que no

puedo resistirme a la tentación de escribirlo. Cuando Manolo conducía su tranvía, amarillo, estridente y destartado, a lo largo de la calle de Quart, solía hacer sonar la campanilla con toda la energía que su brazo, y el primitivo instrumento sonoro daban de sí. Así que cada vez que el vehículo emprendía su veloz carrera por delante de la puerta de Rosa, la campana zonaba al ritmo de: “¡Rooosita, Rooosita, Rooosita!”... Para que mi abuela, y todo el barrio supieran que el tal Manolo saludaba a su mujer o como dije anteriormente a su futura mujer. Pensando en el hecho desde el punto de vista del siglo XXI, en el que vivo, me imagino el escándalo que en aquel castizo y provinciano barrio de Valencia debían representar una pareja tan poco convencional.

Sin embargo lo de conducir un tranvía no formaba parte de los sueños del joven de modo que, un buen día, cuando Manolo y Rosa ya estaban casados y la joven enamorada esperaba el primer fruto de aquel amor apasionado y tan poco tradicional, Manolo no apareció en la casa

a la hora en que solía hacerlo a diario. Si en el mundo actual en el que podemos recibir información de nuestros seres queridos o de cualquier persona casi a la velocidad de nuestros pensamientos, el retraso inesperado de alguien a quien amamos nos angustia infinitamente, no puedo ni imaginarme lo que sería para mi abuela la desaparición de su marido, el padre de su futuro hijo. La futura madre debió sentirse terriblemente angustiada en aquel mundo convulso y que en mi imaginación siempre lo represento con el color mortecino de las fotografías antiguas. Rosa, no era una mujer corriente y logró ocultar su desasosiego de manera discreta; aunque supongo que pasaría por todas las etapas de la frustración, el enfado, la duda y, posteriormente, el miedo y la pena.

Pasó algún tiempo, en realidad no me atrevo a precisar cuánto. En el barrio, la joven y encantadora Rosa se había convertido en la comidilla de todo el cotilleo malevolente, pero ella volvió a ponerse el mundo por montera y seguramente después de derramar muchas lágrimas

en la intimidad de su hogar, siguió haciendo su vida normal. Salía a la calle, y escuchaba la campanilla del tranvía cuyo tintineo le parecía vacío, sin la musicalidad y la alegría de antaño. Pero ella continuaba con el mentón erguido, con sus pequeños pasos firmes y orgullosos, como si los chismorreos de sus convecinos no tuvieran nada que ver con ella. Algo en su interior le daba fuerzas para seguir esperando noticias de su bohemio marido. Se amaban de una forma especial, con el cuerpo y con algo más que parecía mantenerlos unidos de un modo casi irracional. Un día, mientras Rosa esperaba a que el lechero del final de la calle muy cerca de la huerta-le sirviera la leche, una de sus vecinas se atrevió a decirle:

— Rosa, ya sabes que te quiero bien, pero mi hermana, que suele tener sueños premonitorios, soñó el otro día contigo y con una manada de caballos salvajes ¿sabes lo que eso significa? Pues, como te aprecio, te lo voy a decir: ‘Significa que tu marido te ha abandonado y se ha ido con otra’. Yo creo que deberías ir hacién-

dote a la idea de reorganizar tu vida. Todavía eres muy joven y ese niño que esperas necesitará un padre...

Rosa guardó silencio. El lechero, con mano temblorosa, terminó de llenarle el cacharro que la joven sujetaba con firmeza. Ella le pagó, y antes de salir a la calle y con una voz dulce pero firme le dijo a la mujer desafiándola con la mirada:

— Muchas gracias, pero si tu hermana tiene ese maravilloso don, ¿por qué no le dices que averigüe de una vez por todas quién es vuestro verdadero padre?

El lechero, que conocía a Rosa desde que era niña, no pudo evitar una leve sonrisa, y la vecina malevolente, sintió el rubor y la vergüenza de su propia humillación.

Aquel mismo día, cuando Rosa llegó a su casa, una de sus hermanas la esperaba impaciente con un sobre grande que había llegado en el correo. El sobre era de Manolo, y en su interior había una carta muy larga y un billete de

tren para que ella pudiera reunirse con él en París. Rosa, dolida como estaba por el insulto que acababa de recibir de su vecina, sintió que un fuerte estremecimiento recorrió su cuerpo y tuvo que sujetarse el corazón para que no se le saliese del pecho. “Los caballos salvajes”, pensó, “pero en lugar de cascos y crines, son de hierro y de humo y pronto me llevarán junto a él.”

Su hermana comprendió enseguida que la carta era portadora de buenas noticias y corrió para avisarle al resto de la familia de que Rosita se iba a reunir con su marido. ¡En París nada menos! Voceaba mientras volaba por el estrecho pasillo hasta alcanzar la pequeña cocina que se comunicaba con el patio interior.

Unos días más tarde, la joven valenciana, engalanada con sus mejores ropas llegaba a la estación de Austerlitz de la glamorosa ciudad. Llevaba un pequeño maletín en la mano y, a su lado, un caballero de enormes y engominados mostachos le sujetaba la pesada bolsa que contenía el resto del equipaje de la joven. La futura

madre le agradeció al compañero de viaje su amabilidad por haberla ayudado y le rogó que la dejara sola en el andén. El caballero le besó la mano y se despidió de la enigmática dama española. “Él vendrá a buscarme, yo no voy a dar ni un paso más en medio de esta muchedumbre, pensó”. Aspiró profundamente el olor acre de la estación para mantenerse serena, y cuando estaba a punto de perder la paciencia pudo escuchar en medio del clamor una potente voz que gritaba su nombre: ¡Roosita!

Y así fue como Rosa y Manolo comenzaron juntos su primera aventura en tierra extraña...

De nuevo me veré forzaba a hacer uso de mi imaginación para continuar la extravagante historia de mis antepasados. Solo tengo algunas breves referencias a lo que fue su estancia en París “cuna del Arte de principios de siglo”, porque Manolo, mi abuelo, había viajado hasta allí exactamente para eso, para dedicarse a su verdadera pasión.

En París se celebraba la *Exposición Mundial de 1900*, y con motivo de este magno acontecimiento, un grupo de valencianos artistas, excéntricos y algo aventureros, habían firmado un contrato para construir y decorar ciertos pabellones. Todo había surgido así, de repente, en una charla ante la barra de un bar, mientras Manolo y algunos compañeros tomaban su almuerzo de media mañana. ‘Pensado y hecho’, a la valenciana. Del mismo modo que todavía, hoy en día, nuestros artistas falleros deciden cuál será el tema que servirá de crítica en una de sus magníficas ‘Fallas de San José’, y que una vez finalizada su Fiesta, arderá acompañada del bullicio, del olor a la pólvora y el estrépito de sus Mascletás y Castillos de fuegos artificiales. ‘*Pensat i fet*’. Debió susurrarle al oído Manolo a Rosa mientras le daba un apasionado abrazo de bienvenida...

Aunque intento comprender con todas mis fuerzas la actitud de mis abuelos maternos, me es absolutamente imposible hacerlo. Y me fas-

cina el misterio que se esconde tras esos personajes que parecen sacados de una novela. ¿Cómo pudo marcharse Manolo sin avisar a su mujer? ¿A una mujer que le había sido tan difícil de conseguir? Y a mi abuela, ¿qué clase de fuerza la impulsó para seguir lo que su corazón le dictaba? ¿Por qué se reunió con su marido sin el más mínimo rencor? Quizás el tiempo y las costumbres nos han cambiado tanto que nos es imposible comprender la forma de pensar de nuestros antepasados, aunque tan solo han transcurrido un par de generaciones. De todas formas, si he de ser sincera, a veces pienso que las cosas no fueron tan complicadas o retorcidas. Quién sabe a ciencia cierta, si el conductor del tranvía logró mandarle un recado a mi abuela antes de abandonarla. Pero eso no me corresponde a mí ni siquiera pensarlo, yo solo me remito a contar algunos de los recuerdos que juegan en lo más profundo de mi memoria de niña. Los breves retazos de las historias familiares que me contó mi madre.

En este momento de mi vida tengo casi la misma edad que mi abuela Rosa tenía cuando la vi por última vez, antes de que se fuera a México, y es curiosa la forma en que el tiempo distorsiona nuestra memoria, yo la recuerdo como a una ancianita casi centenaria y, sin embargo, yo me siento tan joven que no puedo dejar de sonreír...

Madrid, Enero de 2014